

C O F R E D E S Á N D A L O

—Allí tiene usted. ¡Y ahora veremos cuántas veces le atravieso el corazón!

Se pusieron en guardia, riendo de antemano como si fuesen á representar un paso muy divertido. Tula, con la mano izquierda, recogía la cola hasta mostrar el principio de la redonda y alta pantorrilla. El Duquesito dejóse tocar por cortesía, y luego emprendió uno de esos juegos socarrones de los maestros, envolviendo, ligando, descubriéndose, retrocediendo con la punta del florete en el suelo. Sonreía como un hércules, que hace juegos de fuerza ante un público de niñeras y bebés. Tula acabó por enfadarse, y se dejó caer sobre el diván jadeante, casi sin poder hablar:

—¡Ay!... Conste que es usted un gran tirador, Ramiro. Pero conste también que es usted muy poco gentil.

C O F R E D E S Á N D A L O

Acabó de quitarse el guante y lo arrojó lejos de sí:

—¡Me ha dado usted un terrible botonazo!

Y señalaba el seno de armonioso dibujo, oprimiéndoselo suavemente con las dos manos.

El Duquesito preguntó sonriendo:

—¿Me permite usted ver?...

—¡Hombre, no! Puede usted desmayarse.

X

Tula, recostada en el diván, suspiraba de ese modo hondo, que levanta el seno con aleteo voluptuoso. Las manos que conservaba cruzadas parecían dos palomas blancas, ocultas entre los

COFRE DE SANDALO

encajes del regazo azul, en cuya penumbra de nido, el rubí de una sortija lanzaba reflejos sangrientos sobre los dedos pálidos y finos. Algunos pájaros de América modulaban apenas un gorjeo en sus jaulas doradas, que pendían inmóviles entre los cortinajes de los abiertos balcones. En los ángulos, tripodes de bambú, sostenían tibores con enormes helechos de los trópicos. Ramiro Mendoza miraba á Tula de hito en hito, y atusábase el bigote, sonriendo, con aquella sonrisa fatua y cortés, que jamás se le caía de los labios. A su pesar, el buen mozo sentíase fascinado y temía perder el dominio que hasta entonces había conservado sobre sí. Instintivamente se llevó una mano al corazón, cuya celeridad le hacía daño. La criolla mordióse los labios disimulando una sonrisa, al mismo tiempo que con la yema de los dedos se

COFRE DE SÁNDALO

registraba la ola de encajes, que parecía encreparse sobre su pecho: Pero no hallando lo que buscaba, alzó los ojos hasta el Duquesito:

—Eche usted acá un cigarrillo, maestro Cuchillada.

Ramiro sacó la petaca, en la que no faltaba el hipico trofeo de la montura inglesa, y se la presentó abierta á la criolla:

—No hay más que un cigarro, Tula. ¿Le parece á usted que lo fumemos juntos?...

Su sonrisa tenía una expresión extraña, su voz sonaba seca y velada. Extrajo el cigarro con exquisita elegancia, y continuó:

—¿Acepta usted, Tula? Lo fumaremos como hemos tomado el mate... Figúrese usted que ahora se pagan en esa moneda los derechos al Estado... El Estado soy yo, como aquel rey de Francia.

C O F R E D E S Á N D A L O

La criolla replicó con viveza y malicia:

—Pero esta personita no acostumbra á pagar derechos... Ya que para figuraciones estamos, ¡figúrese usted que soy contrabandista.

XI

Sus ojos brillan con cierto fuego interior y maligno: Toda su persona parece animada de lascivo encanto, como si se hallase medio desnuda, en un nido de seda y encajes, tenuemente iluminado. Mira al Duquesito de un modo acariciador y tierno, y se echa á reir con tal abandono, que se tira hacia atrás en el diván. Como la risa le dura mucho tiempo, los ojos del

C O F R E D E S Á N D A L O

buen mozo pueden pasar, desde la garganta blanca y tornátil, sacudida por el coro de carcajadas cristalinas, hasta las pantuflas turcas, y las medias de seda negra, salpicadas de mariposillas azul y plata y extendidas sin una arruga sobre la pierna... Tula se incorpora haciendo al Duquesito lugar á su lado en el diván, envolviéndole al mismo tiempo en una mirada sostenida con los ojos medio cerrados:

—¡Dios mío! ¡Va usted á creer que soy una loca!

Él se inclina con gallardía:

—Lo que creo es que el loco acabaría por serlo yo si tuviese la dicha de permanecer mucho tiempo al lado de mujer tan adorable.

—Pues si usted tiene ese miedo, otra vez le cerraré la puerta.

Sabia ella decir todas estas trivialidades con

C O F R E D E S A N D A L O

coquetería insinuante y graciosa. Su charla alegre y burbujeante parecía librada en una copa llena de champaña y hojas de rosa. Pero el hechizo incomparable de aquella mujer, hallábase en el movimiento provocativo y picaresco de los labios, que, en cada palabra, engastaban un grano de sal que cristalizaba en forma de diamante.

XII

La criolla habla, ríe, se mueve, gesticula todo á un tiempo, con coquetería vivaz é inquietante. Como al descuido, su pie delicado y nervioso, entretenido en hacer saltar la babucha turca, roza el pie y la polaina del Duquesito, que expoliado por aquellos rápidos contac-

C O F R E D E S A N D A L O

tos, se aventura á rodear con su brazo el talle de la criolla, bien que sin osar estrechárselo. Aprovechando un momento en que ella torna la cabeza, se inclina y la besa en los cabellos furtivamente, con ternura tímida. La criolla lanza un grito trágico:

—¡Me ha besado usted, caballero!...

—¡Tula! ¡Tula!... ¡Perdone usted! ¿No ve usted que estoy loco?... ¡Déjeme usted que la adore!...

Habíale cogido las manos, y le besaba la punta de los dedos suspirando. Tula le veía temblar, sentía el roce de sus labios, oía sus palabras llenas de ardimiento y experimentaba un placer cruel al rechazarle tras de haberle tentado. Arrastrada por esa coquetería peligrosa y sutil de las mujeres galantes, placiale despertar deseos que no compartía. Pérfida y des-

C O F R E D E S Á N D A L O

enamorada, hería con el áspid del deseo, como hiere el indio sanguinario, para probar la punta de sus flechas. Ramiro Mendoza no pudo contenerse más, y la estrechó con ardor. Ella se desasíó rechazándole:

—¡Déjeme usted! ¡Sea usted caballero!

XIII

Caída sobre el diván, solloza con la cara entre las manos. El Duquesito permanece en pie, un poco aturdido:

—¡Perdone usted, Tula!

La criolla lamenta con la voz sofocada:

—¡No es usted mi amigo!... ¡No es usted mi amigo!

C O F R E D E S Á N D A L O

El Duquesito se arrodilla á sus pies:

—¡Sí lo soy, Tula!... El único amigo leal...
Póngame usted á prueba...

La linda señora, siempre con el rostro oculto, sólo responde con suspiros. Sobre la seda turea del diván, destaca la línea del cuerpo con aquella gracia desnuda, que encantaba los ojos de los viejos pintores florentinos, y una de sus manos cuelga como una flor. El Duquesito la levanta con tierna delicadeza:

—¡Tula, perdóneme usted!

La criolla suspira sin retirar su mano. En la penumbra del salón cantan á un tiempo todos los pájaros de América. Hay como un misterio y un frescor de gruta. Se siente la fragancia del jardín, y la carne adivina con deleite la furia del sol y el resplandor cegador. El Duquesito pone sobre su corazón la mano que la

criolla le abandona como muerta. La mano se estremece un momento, y parece oprimir con su blando peso el corazón del galán. Es tan débil y tan amorosa aquella presión, que se diría un fluido. Se pudiera comparar al magnetismo de una mirada. Con la otra mano Tula se tapa los ojos. Después de un suspiro, comienza á desviarla muy lentamente:

—¡Yo soñaba que fuese usted mi amigo!...
¡Mi verdadero amigo!...

El Duquesito le habla con una rodilla en tierra como galán de comedia antigua:

—¿Qué debo hacer para merecerlo, Tula?

Ella mueve la cabeza y entorna los ojos que guardan una lágrima en el fondo:

—¡Ya no!

Se incorpora, y con un gesto melancólico, le señala al buen mozo un sitio á su lado, en el diván.

XIV

—Impóngame usted una penitencia, Tula.

—¡Oh, no!

—¡Es usted cruel!

—¿Qué penitencia quiere usted que le imponga? ¿No verme? Esa no sería penitencia.

—Sería un suplicio.

—¡Por Dios, Ramiro!

—¡Un suplicio horrible!

—Si no puedo creerlo.

Hablaban mirándose en los ojos: El Duquesito sentía el vértigo como si las pupilas de la criolla fueran abismos, y le besaba las manos en un verdadero frenesí amoroso. Ella, sin retirarlas,

C O F R E D E S A N D A L O

suspiraba con apasionado aleteo de los párpados.

Decía el buen mozo:

—¡Yo sería su esclavo, Tula!

Y ella replicaba con la melancolía de los treinta años, una melancolía de rosa en la sombra de un jardín:

—Una hora lo sería usted, y el resto de la vida lo sería yo.

Y las manos tenían una suave presión. El Duquesito acercaba su rostro al rostro de la criolla, y abría los ojos con intento de fascinarla, como había visto á un moro magnetizador de serpientes. La boca roja le tentó con la tentación de la sangre, y de pronto se inclinó sobre la divina flor de pecado, la besó y la mordió. El cuerpo de la criolla le palpité entre los brazos, y sintió toda la curva armoniosa revelársele. Pero bajo su beso, la boca roja sólo tuvo un grito:

C O F R E D E S A N D A L O

—¡Déjeme usted!

Él quiso otra vez que fuese suya la divina rosa de sangre, y ella, elástica y felina, se arqueó hasta poder soltarse. Cogió uno de los floretes y le cruzó la cara. El Duquesito dió un paso, apretando los dientes: Ella en vez de huirle, acerada, erguida, con la cabeza alta y los ojos brillantes, como vivorilla á quien pisan la cola, le azotó el rostro una y otra vez, sintiendo á cada golpe esa alegría depravada de las malas mujeres cuando cierran la puerta al querido que muere de amor y de celos:

—¡Salga usted! ¡Salga usted!

Al ruido acudió Trinito: Su faz de diablillo ahumado dibujaba una sonrisa grotesca. Para él, todo aquello era un juego de los señores:

—¿Mi amita, manda alguna cosa?

Tula se volvió blandiendo el florete:

COFRE DE SANDALO

—Si; enseña la puerta á ese caballero.

El Duquesito, livido de coraje, salió atropellando al criado. La criolla, apenas le vió desaparecer, hizo una mueca de burla, y se encasquetó el tricornio de papel. Luego, saltando sobre un pie, pues en la defensa escurriérasele una pantufla, se aproximó al espejo.

XV

Sus ojos brillan, sus labios sonríen, hasta sus dientecillos blancos y menudos, parecen burlarse alineados en el rojo y perfumado nido de la boca. Siente en su sangre el cosquilleo nervioso de una risa alegre y sin fin que, sin

COFRE DE SANDALO

asomar á los labios, se deshace en la garganta y se extiende por el terciopelo de su carne como un largo beso. Todo en aquella mujer canta el diabólico poder de la hermosura triunfante. Insensiblemente empieza á desnudarse ante el espejo: Se recrea largamente en la contemplación de los encantos que descubre, experimenta una languidez sensual al pasar la mano sobre la piel fina y nacarada del cuerpo. Tiene dos llamas en las mejillas, y suspira voluptuosamente entornando los ojos, enamorada de su propia blancura, blancura de diosa tentadora y esquiva...

¡El Duquesito, bien ajeno al simbolo de aquel nombre, la habia llamado Diana Cazadora!

